

ban por hundirse en sus abismos. ¡Oh amable Jesús, ya que por tu criatura estás pendiente del leño, líbrala en algun modo del próximo naufragio! Mas ¿acaso no se anticipa, cual suele, á la demanda, preparando como medio de salvacion una sólida y ligera navecilla por sus manos formada del leño de su santísima cruz, con los agudos clavos de su pasion, y coloreada y adornada con su preciosa sangre? Ya adivináis que esa navecilla que tan ligeramente cruza el mar de la vida es la inocencia que se adquiere en el nombre y por los méritos de Jesucristo, los cuales se nos transfieren desde la cruz en las aguas de su bautismo, puerta para llegar á la fe que profesamos. Mas si esta navecilla se rompe con el vaiven de las tentaciones y de las tribulaciones temporales y corporales, dejándonos nosotros arrastrar al mal, que por inclinacion preferimos al bien, ¿no habrá ya medio de salvacion para nosotros débiles y miserables? En tan gran peligro, en el mismo leño de la cruz se nos ofrece la tabla de la penitencia, para que, abrazados fuertemente á ella, podamos con su auxilio llegar felizmente al puerto de la vida eterna. Todos estos maravillosos y estupendos recursos los tenemos prevenidos, durante la vida, en la cruz adorable, para ocurrir á nuestras necesidades, bien así como los hebreos en la prodigiosa columna que les guiaba por el desierto tenian durante la noche luz que les alumbraba, y durante el dia sombra que les protegía contra los ardores del sol; esto sin contar los otros muchos medios de santificacion que nos restan, como son los Sacramentos instituidos en fuerza de la santidad de aquel leño, los prodigios realizados, las gracias preparadas y los méritos acumulados, en número y en virtud infinitos. Yo creo que por esto, cuando la Sabiduría increada por boca de Jesucristo nos encargó que fuésemos santos como su Padre celestial, que es cuanto cabe decir, ó sea como la santidad misma de su esencia, principio, medio y término de toda santidad, aludió al rico tesoro de santificacion preparado para nosotros en la cruz, siendo imposible que por nosotros solos logremos tan alto objeto, á no mediar el apoyo y los ejemplos asombrosos de aquel santo y preciosísimo madero. En el mismo se contiene toda la admirable é interesante variedad de que, como novia en sus bodas, quiso rodearse y ceñirse la Iglesia, fundada en el valor y en los méritos del gran misterio, y simbolizada para nuestra enseñanza bajo diferentes imágenes y figuras. Así en la cruz hallaron los vírgenes el medio de emblanquecer mas sus lirios, y los mártires el de colorar mas sus rosas; de ella sacaron los justos sus nupciales vesti-

duras, y los doctores el néctar de sus doctrinas; en la misma lavaron los pecadores sus túnicas, y los justificados sacaron el agua y cogieron los frutos de vida eterna; por ella cayeron á pedazos los simulacros profanos de los falsos dioses, y enmudecieron los insensatos oráculos de los mentirosos sacerdotes, cesando tambien los sacrificios de la supersticion y de la idolatría. Por medio de la cruz, la lengua de los niños desacreditó la falsa prudencia de los ancianos, la sencillez de los idiotas confundió la aviesa sagacidad de los filósofos, y la flaqueza y ruindad de las pobres gentes abatió el orgullo y eclipsó el esplendor de los grandes y poderosos del siglo. Por la cruz, finalmente, la Italia, la hermosa Italia, por tanto tiempo profanada y corrompida en fuerza de las violencias que contra ella ejerció su perverso y orgulloso violador, renace y despierta á nueva virtud y esplendidez, desde que en la santísima y potentísima señal de la cruz, el invicto César, Francisco II, llegó, vió y venció. Venció por virtud de aquel leño tantos enemigos cuantos se habian juntado á batalla en los ejércitos que derrotó; venció á tantos insidiosos cuantos se habian encerrado en las fortalezas que ganó; venció á tantos rebeldes, seductores y tiranos cuantos se habian conjurado y armado para derribar su trono y destruir su gloriosísimo imperio. Nosotros, cabalmente, mas que nadie tenemos las hermosas pruebas de tan insignes victorias, pues que por tres distintas veces vimos al pié de nuestros muros los restos del enemigo acosados y destrozados, con la vergüenza en la frente, la vileza en el corazon y el miedo á las espaldas, huir del hierro vencedor que por doquiera los perseguía, acometía y arrollaba. Sí, venció el religiosísimo soberano del orbe católico, y vencerá siempre, toda vez que su propósito, realizado ya en parte, es que allí donde se alzare el árbol de la prostitucion sea trasplantado el aborrecido de los impíos y el venerado de los buenos, pendon de la nueva alianza, fuente de consuelos é insignia de toda santidad, el bendito árbol de la cruz, y que las plazas y los templos, las villas y las ciudades, las regiones y las provincias reconquistadas á la religion de Cristo por sus santas armas y sus santos capitanes, sean por el santo lábaro nuevamente santificadas. Este, pues, que tantas gracias y tantos prodigios opera, que constituye la sola navecilla para cruzar los mares del siglo, la cruz venerable, planta nueva que purgó la antigua de la ciencia del bien y del mal, é hizo germinar nuevamente la otra de la vida, ¿no es verdaderamente, conforme os dije antes, signo inefable de nuestra santificacion? Pero la viva luz que en

torno esparce aquella adorada porcion suya me dice ser ya hora de que la contemplemos como señal de nuestra futura glorificacion, parte la mas bella de su triunfo, en cuyo concepto me apresuro á ocuparme de ella para admirar aun de mas cerca la gloriosa luz en que el misterio de la cruz sobre todos brilla y resplandece: *Fulget crucis mysterium.*

4. Así como de las semillas proceden los frutos, del sol la luz, y del valor el triunfo, así tambien de la santificación nace y procede la gloria. Conveniale al Hijo de Dios morir en una cruz para entrar despues en su gloria; y nosotros, mientras vamos peregrinando por esta tierra, debemos tambien ser santificados en la fe de Jesucristo por la virtud de sus Sacramentos, á fin de alcanzar en la vida futura el fruto, la luz y el triunfo de nuestra glorificacion. Si, pues, la cruz, ese instrumento por el que el Reparador de las antiguas prevaricaciones cauterizó y ungió la llaga que una falta ajena abriera en la naturaleza humana, es reconocida por nosotros como señal de aquellas dos pruebas de amor, la reconoceremos igualmente en todo tiempo como fuente y raíz de nuestra triunfal gloria. Y aunque ella está siempre dispuesta á toda empresa honrosa y laudable, y tan pronto como esta se presenta, á donde gloria que se encamine le anda en pos, como la sombra al cuerpo; sin embargo, la gloria de la cruz, en razon á las falsas ideas que aquí bajo ofuscan nuestra vista, no siempre brilla con su plena ni con su verdadera maravillosa luz; pues esto lo reserva el Autor de todo bien para cuando el frágil linaje de Adan adquiera otras cualidades y semejanzas; y como dice el Doctor de las gentes, ¡ay de nosotros si nuestra esperanza en Cristo no mirase mas allá de los confines de esta breve y fatigosa carrera mortal que llamamos vida! nadie seria mas engañado é infeliz que nosotros. Verdad es que el primogénito de los predestinados cogió los primeros lauros de su triunfo cuando, vencida la muerte por la cruz, resucitó lleno de gloria, y rodeado de gloria ascendió á los cielos; pero ¿de qué nos servirian tantos consejos para que carguemos con la cruz, si al acabar la vida nuestras esperanzas debiesen fenecer tristemente sin reportarnos beneficio alguno? Si así fuera, ¿en qué se diferenciarían los amantes de la cruz, de sus enemigos? Sin embargo, á estos les está prometida infamia y ruina, al paso que á los primeros engrandecimiento y gloria; y esto es y sucederá así porque las promesas de Dios jamás salieron ni pueden salir fallidas. El que cargado con la cruz hubiere acompañado á Cristo en sus dolores, le acompañará tam-

bien en su gloria el dia que la manifieste al universo, y nadará en un mar de exultacion. Quien llevare la cruz con Jesucristo, tendrá parte en el reino de Jesucristo: *Communicantes Christi passionibus, ut et in revelatione gloriae ejus gaudeatis exultantes. Si sustinebimus, et conregnabimus.* Apresurémonos, pues, á ver la manifestacion de esta gloria y la revelacion de este reino, cuya señal en la presente vida es la cruz. Ya el claro sol de justicia ha descornado y hecho brillar el dia del Señor, dulce y sereno para sus seguidores, amargo y turbio para los que le despreciaron. Las innumerables legiones de Ángeles que guardaron fidelidad y justicia para con su Hacedor están ya reunidas al frente de aquellas otras que perdieron el bien de la intelgencia, promoviendo el tumulto y la rebelion en la mansion de la armonía y de la paz. En torno de los primeros sopla una brisa suave del paraíso, entre los segundos reina la rabia infernal, la angustia y la desesperacion. Vense á un lado las almas benditas, que dejando sus despojos en la paz del Señor, volvieron á tomarlos ligeras y diáfanas, alegres y placenteras en el novísimo (ó) último bando; y á otro las gentes miserables, que por las tinieblas del entendimiento y la perversidad del corazon, pasaron del juicio privado á este público y universal, llevando impresas la maldicion y la condenacion eternas. Brilla en el rostro de aquellas una luz serena de gracia, al paso que las segundas ocultan su frente lívida bajo la presion del horror y de la muerte. ¿De dónde proceden tan diversos y contrarios afectos? Mirad: hé aquí en lo alto de su real solio el supremo Juez de los vivos y de los muertos, juntamente con la unidad de la esencia y la trinidad de las personas, vistiendo aun para no dejarla jamás su glorificada humanidad con la impresion de sus llagas, teniendo al lado á su Madre, ascendida en cuerpo y alma para reinar con él, y al rededor los trofeos todos de su pasion dichosos, estoy por decir, por la honra que les cabe mostrándose en faz del paraíso, del infierno y del universo entero, y alzando la señal para unos de gloria, para otros de ruina, su triunfal bandera, la cruz sacrosanta y adorable, oidle disparar, como otros tantos rayos, del arco de su furor las siguientes palabras que dirige á la turba de los precitos: ¿Veis esta señal? ¿vesla tú principalmente, voluntad proterva, padre de la mentira, seductor de los ángeles y de los hombres? Yo, que lo puedo todo por un acto de mi sola voluntad, pues sin movimiento alguno saqué de la nada el cielo y la tierra, los que con todas sus bellezas y accidentes, en número, peso y medida conservo y gobierno, ó los destruyo y reduzco á

su primitiva nulidad; yo, que por tantos medios de mi poder infinito podia abatir tu orgullo, y atajar los efectos de tu perfidia por tantas vias cuantos son los consejos de mi inagotable sabiduría; yo, provocado por tí á impulsos de tu sola malicia, no consideré conveniente ponerme en lucha contigo y rebatirte con fuerza de armas. Recuerda, fementido, que mis dones fueron los que te hicieron bello y arrogante hasta el punto de proponerte en tu corazon hacerte igual á mí y usurpar todos mis derechos. Acuérdate, rebelde, de como, precipitado ya en el infierno con los tuyos, cifré todo mi afecto y delicia en el ser hecho á mi imagen, y tú, malvado, debajo de un árbol le corrompiste y pervertiste, inoculando en su corazon el maldito gérmen de tu soberbia. Pues bien, mira, en este leño teñido aun con la sangre que mis venas bebieron en el seno inmaculado de esta Mujer, mira y reconoce cuál sea la excelencia y sagacidad de tu entendimiento; mira como yo supe, para mi mayor gloria y mayor provecho del linaje humano, oponer á tu soberbia la humildad, y como mi justicia y mi providencia, en esta sola cruz, antes tan aborrecida de los gentiles, y despues por tí y tus satélites tan odiada y perseguida, hallaron el medio de compensar la culpa antigua, fundar un nuevo reino sobre las ruinas de la Sinagoga y de los ídolos, y enriquecer y asegurar á mis hijos, suministrándoles nuevos objetos de fe y de amor, y nuevos medios para conducirse. Ea, pues, recoge el fruto de tus consejos, tú el grande, el inmenso, el omnipotente, el infinito, el otro yo, el Dios! Contra mí pusiste tu trono sobre un leño, dirá despechado Satanás: venciste, y contigo vencieron allá todos los tuyos: Ved aquí el leño, *Ecce lignum*. Pero sabed, oyentes carísimos, que este leño, cuánta es la ignominia, el enojo y el horror que suscita en el corazon de los enemigos de la cruz, otra tanta honra, grandeza, gloria y exultancia concilia á sus amadores; y mientras aquellos, congojosos y envilecidos, caen en el abismo de dolores que se cierra para siempre sobre su cabeza, estos, honrados y gloriosos, flotando en un mar de luz que despide é irradia el bendito trofeo de gloria, van acudiendo á la voz que les llama para reinar con Dios eternamente, ya que durante la vida fueron siguiendo con la cruz á cuestas al Cordero inmaculado hasta el monte de la mirra, cuyos ásperos senderos treparon en pos de él: *Communicantes Christi passionibus, ut et in revelatione glorie ejus gaudeatis exultantes. Si sustinebimus, et conregnabimus*. Si esta no es una cosa sobremanera excelente, honrosa, gloriosa y magnífica, decídmeme, por vida vuestra, ¿cuál

puede serlo mas? Y siendo así, como lo es, verán, aunque tarde, su desengaño todos los que tuvieron ó puedan tener en poco, ó por vil y odiosa la cruz del Salvador, cuando en ella y por ella, en el gran día del Señor y de la revelacion universal todas las generaciones conocerán cuánta gloria y utilidad emanaba de ella á sus adoradores, y cuánta infamia y ruina á sus perseguidores. Por ella los judíos confesarán cuán neciamente aguardaron al Reparador del antiguo daño, ya que soberbiamente ignorantes clavaron en la misma al Señor de la gloria; por ella los gentiles verán cuán torpemente quemaron incienso á sus ídolos, que en sustancia no eran sino simulacros de oro y plata hechos de mano de los hombres para engañar su ciega credulidad; por ella los ateos y los incrédulos aprenderán, sin que pueda ya serles de provecho, cuán miserablemente corrompieron su corazon borrando de su mente la idea innata de Dios, é invirtiendo el orden de su providencia con sofisticos argumentos que todo lo confundieron y conculcaron, y se convencerán al fin de que el misterio de la cruz, sin los prodigios de una provida inteligencia divina, jamás hubiera podido convertir á su amor tan gran parte del mundo y mantenerla en este mismo amor. Por ella vendrán tambien á reconocer los herejes, siquiera una vez, que solo en la unidad de la Iglesia católica, apostólica y romana, fundada desde la cruz en la sangre de Jesucristo, se conserva el tesoro de las doctrinas, de los méritos, de las gracias, de las mercedes, de los Sacramentos, premios y merecimientos todos que nos han sido comunicados por la cruz, por la cual y no por otra via alguna consigue el linaje humano su salvacion. Comprenderá, por fin, esa infame raza ebria de la sangre inocente de reyes y sacerdotes, sedienta de ella, y pobre siempre en argumentos y en consejo, que el misterio de la cruz, nobilísimo objetó de la mente divina, harto superior á la prevision humana, así como ofuscó la doctrina de Israel, y echó por tierra la filosofía de los prudentes del siglo, logró tambien destruir las jactancias de su orgullo y disipar las moles que se habian propuesto, y en parte habian ya empezado á levantar entre sí sobre las ruinas de la Iglesia, á la que, sin embargo, jamás pudieron agitar ni conmover los vientos de la persecucion por furiosos que soplasen. Comprenderá, sí, la infiel como por virtud de la cruz encendió Jesucristo y conservó siempre viva y ardiente en su Vicario en la tierra, primado infalible de la jerarquía eclesiástica, el fuertísimo é inocentísimo Pio VI, la lámpara del Espiritu Santo para disipar las tinieblas de toda perversa doctrina, dán-

dole espiritual sustento, á fin de que, bajo la honrosa sujecion de las llaves, pudiese gobernarse en su ancianidad en medio del quebranto de los viajes y de las amarguras del destierro entre los apóstatas de su fe y léjos de la hija primogénita de la cruz, su querida Roma, centro de la Religion, gloria, honra y esplendor del universo. Tantos y tan poderosos argumentos de envilecimiento é infamia para los enemigos de la cruz, que se convertirán en otros tantos objetos de triunfo y gloria para sus amadores, son ya desde ahora los mas dulces y suaves estímulos para que nunca cesemos de amar y desear ese nobilísimo signo de nuestra futura glorificacion. La sola perspectiva del delicioso porvenir que nos ofrece ¿no bastará para que siempre, siempre amemos y estimemos tan preciosa é incomparable señal, adorándola, venerándola y ardiendo por ella en los mas tiernos afectos? ¿No bastará tambien para impulsarnos á honrarla, obsequiarla, venerarla y adorarla en cuanto nos sea dable con toda especie de pompas devotas y solemnes cultos? Con tanta mas razon deberia bastar, cuanto que ella, no solamente ha de mover y confortar el objeto de lo por venir, sino tambien el objeto de lo pasado y de lo presente, pues, así como para lo primero es signo de redencion, para lo segundo lo es de nuestra santificacion. Mas ¿á quién y de qué estoy hablando? ¿Acaso no sois vosotros, venerables sacerdotes, y entre los demás el que es vuestro espejo y guia, el irrepreensible pastor de la presente grey? ¿no sois vosotros, cuantos aquí habeis acudido de la comarca, de la ciudad y sus arrabales, de las aldeas vecinas y de los próximos amenos collados, los que con tanta munificencia y piedad para con aquella insigne y adorada reliquia de la santísima cruz, estais estableciendo en honor de ella despues de tantos años la presente magnífica solemnidad? ¡Felices vosotros que en tal amor ardeis para con el leño de la viña! Por mi parte os diré que entre todos los objetos materiales y sensibles no podríais encontrar otro mas conducente que este para consolidaros en la fe, de la cual es fundamento, segun oísteis al principio, para nutrirnos en la esperanza, de la cual es el sosten, y para inflamarnos mas y mas en la caridad, de la que algun dia vendrá á ser el complemento. Conservad, pues, entre vosotros una prenda tan preciosa, y honradla con todos los actos de vuestra religiosa piedad, pues en ella encontraréis medicina para gozar de salud, escudo para defenderos, armas para combatir y virtud para vencer y subyugar á los enemigos espirituales y corporales del nombre divino y de vosotros mismos; en ella hallaréis for-

taleza y vigor en las adversidades del mundo y de la carne, y en ella, finalmente, el ligero esquife que desde esta playa mortal os trasladará al puerto de vida eterna, donde mirando esta sagrada partícula unida á su cuerpo principal, renaceréis en su completo triunfo, cantando con los Ángeles escogidos y las almas bienaventuradas, en honor eterno de la cruz y con inefable regocijo vuestro: *Fulget, fulget crucis mysterium. Amen.*

NOTA. Para aclaracion de las citas históricas contenidas en la precedente oracion, debemos advertir que esta se pronunció en Verona el año de 1800.

ASUNTOS

PARA LA SANTA CRUZ.

1. Sirva de tema para el exordio el arco iris que apareció despues del diluvio universal, comparando con él la santa cruz, que fue el iris y la señal de paz cuando en ella murió el divino Reparador, y lo es aun al presente, toda vez que contemplándola puede hallarse en ella 1.º un firme apoyo para la fe, 2.º un poderoso sosten para la esperanza, 3.º una ferviente excitacion á la caridad. — La cruz es un firme apoyo para nuestra fe, porque nos recuerda las victorias que Jesucristo alcanzó contra el mundo, el infierno, la muerte y el pecado: *Domuit orbem, non ferro, sed ligno.* — Para demostrar que la cruz es poderoso sosten de la cristiana esperanza, recuérdese su virtud contra todos los enemigos, espirituales y corporales, y para mayor confirmacion puede aducirse el ejemplo de la serpiente de bronce erigida por Moisés en el desierto, concluyendo con san Ambrosio (*serm. LII de Cruc.*): *Si figura tantum profuit, quantum prodesse credimus veritatem?* — La cruz, recordándonos, como nos recuerda, cuanto padeció por nosotros nuestro Redentor, no puede menos de movernos á amarle: *Diligamus ergo Deum, qui dilexit nos, et lavit nos à peccatis nostris in sanguine suo.* (I Joan. III). Á este fin quiso Jesucristo ser crucificado: *Manus extendit in cruce, ut omnia traheret ad seipsum, et ut celestibus ea que prius erant terrena, sociaret.* (S. Ambr. in Luc. xxiii).

2. *Siluit terra in conspectu ejus.* (I Mach. 1). Para probar los triunfos de la cruz, puede empezarse aduciendo en el exordio las victorias de Alejandro, ante el cual enmudeció la tierra, y aquel